

NOTAS ARQUEOLÓGICAS SOBRE LA PROVINCIA DE SANTIAGO DEL ESTERO

por

EMILIO R. WAGNER

CUANDO publicamos, en 1934, la obra intitulada "La Civilización Chacosantiagueña y sus correlaciones con las del Viejo y Nuevo Mundo", poseíamos en nuestro Museo Arqueológico Provincial de Santiago del Estero, solamente diez y siete mil piezas de cerámica, material lítico y huesos trabajados, procedentes de nuestras investigaciones y excavaciones ininterrumpidas durante ocho años. Concienzudamente estudiadas y comparadas con las piezas de los diversos museos del país, de las colecciones particulares y las descritas en las obras científicas de las demás partes del mundo, este material, ya considerable y variado, nos permitió llegar a las conclusiones que son del dominio público, mencionadas en el tomo I de esta obra documental. Hoy en día, cinco años después de la mencionada publicación, las constantes investigaciones y excavaciones sin interrupción hasta el presente, han enriquecido nuestro Museo de Santiago con quince mil piezas arqueológicas más, llevando el total de nuestros documentos al respetable número de treinta y dos mil, y extendido considerablemente el radio de nuestras investigaciones. Debemos hacer notar que ningún hecho nuevo ha venido a contradecir las conclusiones a las cuales llegamos, mi hermano Duncan y yo, en el curso de este primer período de estudios. Al contrario, todo el material nuevo recogido desde entonces, y las largas exploraciones realizadas en diversas direcciones en el territorio, que han llegado hasta las fronteras del Norte de la provincia, no han hecho más que confirmar lo que habíamos dado a conocer entonces. Es decir, que la extensa provincia de Santiago del Estero, había sido

poblada en una lejana época, que nada permite determinar, por pueblos de civilización bastante adelantada, que eran servidores de una deidad única, constituida por una trinidad: hombre, ave y serpiente, representada por innumerables efigies estilizadas, pintadas sobre las cerámicas o modeladas en medio relieve o en "rondé bosse".

Hoy podemos añadir, que también aparece grabada sobre la roca, en las grutas de "Para Yacu", sierra de Sumampa, de donde, en compañía del escultor Rafael Delgado, hemos tomado moldes en yeso, los cuales se pueden admirar en nuestro Museo de Santiago. Estas efigies se confunden con otras piezas modeladas en medio relieve de nuestra colección arqueológica de Santiago.

Otro punto que hicimos conocer entonces, es que aquellos pueblos servidores de la divinidad alada de las viejas razas, eran grandes constructores de túmulos, sobre los cuales habitaban, formando de este modo pueblos que se extendían sobre centenares de hectáreas. Las excavaciones que han servido para proporcionar la tierra con la cual los túmulos están formados, se ven aún hoy en día al lado de aquéllos, o por lo menos llaman la atención, por el color particular de la tierra que, al correr de los siglos, los han rellenado, como consecuencia de la acción niveladora de las lluvias estivales y de los vientos.

A veces, para establecer viviendas, fueron aprovechadas las lomadas o montículos, de aportes fluviales, que señalan en las llanuras los puntos en los cuales el río, o un brazo de aquél, cortó la barranca, a causa de los enlames que habían obstruido su cauce, tomando entonces curso en una nueva dirección.

El origen fluvial de estos montículos queda comprobado por el hallazgo de pequeños fragmentos de alfarería, de bordes redondeados y pulimentados por la erosión de las aguas y de la arena, verdaderos cantos rodados, que fueron arrastrados por las corrientes. Encuéntrense éstos en excavaciones practicadas a orilla de aquéllos montículos. Cuando han sido habitados mucho tiempo, la capa de restos de cocina, de carbón, de huesos fragmentados, de capas de escamas de pescados y de cenizas que las recubren puede tener hasta metro y medio de espesor y aún más, y el núcleo primitivo de aluvión quedar reducido a poca cosa. La acción

coliana poco a poco los arrasa, haciendo surgir, paulatinamente, las urnas funerarias u otras alfarerías que allí fueron enterradas.

Dejamos establecido también, entonces, que las alfarerías de Santiago del Estero se correlacionan íntimamente con otras de Eurasia y con las de muchas partes más de América, tanto por sus formas particulares como por el simbolismo. Así, podemos constatar que las urnas con dos apéndices cónicos al pie del cuello, o con efigies en medio relieve de la deidad antropo-ornito-ofídica de las viejas razas de esta provincia, se encuentran igualmente representadas en Troya, en el Valle de Issarlik. Por otra parte, los torteros grabados con dibujos compuestos de varios elementos, a más de correlacionarse íntimamente con los de las provincias andinas de Catamarca y de Salta (La Paya), tienen también sus representantes exactos en los torteros de Troya, descritos por Schliemann, el célebre descubridor de las ruinas de la ciudad de Priamo.

Otras numerosas correlaciones hemos notado en el curso de estos últimos años, que no mencionaremos en la presente nota, ya que serán detenidamente estudiadas en el segundo tomo de nuestra obra, en preparación, que ya está muy adelantado.

Las investigaciones practicadas en las colecciones de Salta por nuestra Vicedirectora, nos hacen ver que allí también el culto de la divinidad antropo-ornito-ofídica era usual. Bellas urnas funerarias están decoradas con la efigie de la divinidad plañidera, cuyos ojos, a más de las lágrimas que vierten, están prolongados por la "oudja" egipcia, y el decorado simbólico de las alfarerías de Santiago se encuentra utilizado en sus típicos elementos para revestir suntuosamente bellas cerámicas funerarias. Por otra parte, una hermosa representación de pájaro sagrado de dos cabezas, de las cuales una lleva cresta y la otra no, y ambas vierten lágrimas, nos sorprende por tener las alas bordeadas por dos anchas serpientes. La pieza ornitomorfa es, pues, bicéfala, andrógina, antropomorfa por las lágrimas, que son atributo humano, y ofídica por las serpientes de las alas. Con este documento se confirma el culto de la divinidad antropo-ornito-ofídica de Santiago y se comprueba también, que los pueblos que trabajaban el metal con tanta maestría en los Valles Andinos, eran servidores de esta divinidad plañidera, cuyas representaciones encontramos en tan diversos puntos de las dos Américas, y que podemos ver con sorpresa e interés sobre el cuello

de una hermosa jarra de las islas Pithiusas, conocidas hoy bajo el nombre de islas Baleares, en la costa de la lejana España. Este bronce tan sugerente es de propiedad del actual Director del Observatorio de La Plata, señor Félix Aguilar, que ha tenido a bien mandárnosla para estudiarla, lo que agradecemos vivamente. Pero si de las sierras de Salta damos un gran vuelo, pasando sobre centenares de leguas de densa floresta milenaria e inmensas praderas de altos pastizales, y bajamos a la selva espinosa y tupida del Chaco, a unos veinticinco kilómetros al Norte de "Campo Gallo", encontraremos otra vez, perdidos en el monte que los esconde, los mismos túmulos de los antiguos pueblos prehistóricos del río Salado y río Dulce, con sus respectivas excavaciones al lado. Estas excavaciones, que los criollos llaman "represas", todavía en muchos casos recogen agua durante las grandes lluvias del verano. Limpiado el monte con hachas, palas y machetes, una ancha y honda zanja será excavada a través de un túmulo, y las piezas de alfarería quebradas, siempre en muchos pedazos, empezarán a aparecer, como también hachas de piedra, que estrelláronse en la cortada de maderas duras, estatuillas de la deidad antropo-ornito-ófidica, urnas funerarias adornadas con cabezas de esta misma divinidad, y numerosos fragmentos de alfarería gruesa campanuliforme, todo un material arqueológico semejante al de las regiones del río Salado o del río Dulce, que vendrá a recompensar la labor y el largo viaje de exploración a través del Chaco, que han realizado los miembros de la misión arqueológica de Santiago del Estero. Durante tres meses han recorrido las soledades del Chaco para reconocer y ubicar las numerosas ciudades precolombianas, cuyos túmulos están esparcidos por grupos, a veces muy importantes, en los bosques y malezas inhospitalarios. Veintiocho pueblos precolombianos fueron reconocidos en esta valiosa exploración. La población antigua que está situada más al Noroeste de la provincia queda cerca de la frontera de Santiago y Salta. Todos estos pueblos del pasado, que denuncian sus numerosos túmulos, cubiertos con fragmentos de alfarería, revelan, al revisarlos, que aquellos que los construyeron eran servidores de la divinidad antropo-ornito-ófidica de las antiguas razas de las inmensas llanuras que se extienden de los Andes al Paraná. Las numerosas piezas de cerámica recogidas por la misión arqueológica lo establece claramente. Una pequeña cabeza de la deidad, modelada en relieve sobre el borde de

una vasija, nos deja ver, cayendo de sus ojos redondos, lágrimas profundamente grabadas en la pasta de arcilla roja. Esta efigie antropo-ornito-morfa de la divinidad plañidera no habría llamado mayormente nuestra atención sin la particularidad de tener, sobre la parte superior de la cabeza, dos agujeritos, de unos cinco milímetros de hondo. Las mismas típicas perforaciones fueron encontradas en otra pequeña cabeza, colocada también sobre el borde de una cerámica, pero esta vez en Santa Fe (Colección Larguía de Crouzeilles) y Santa María (en el Norte del Chaco), donde fué recogida la primera cabeza, distante centenares de leguas de las orillas del Paraná, en Santa Fe...

... Pero tal hecho no debe sorprendernos por demás, ya que en el examen comparativo de la alfarería de las cercanías de Santa Fe, que practicamos en el Museo de Santiago en el mes pasado, cuando la señora Amelia Larguía de Crouzeilles trajo una colección de no menos de 600 piezas procedente de "Arroyo de Leyes", "Laguna Guadalupe", "Isla Periquillo", etc., hemos podido establecer 60 íntimas correlaciones entre esas alfarerías, el material lítico y el hueso trabajado con piezas análogas de Santiago del Estero. Esto indica la unidad de culto, y por lo tanto de civilización, entre los pueblos de la prehistoria de Santiago y los que habitaron esa región de Santa Fe en una época muy difícil de precisar, pero que consideramos mucho más lejana de lo que se piensa en general. Este criterio está basado sobre las numerosas correlaciones que existen entre la arqueología de esa región de Santa Fe y la de las provincias de Santiago y del Norte Argentino. Estos pueblos eran también servidores de la divinidad plañidera (antropo-ornito-ófidica), cuyo culto se ha extendido, como lo estamos constatando, sobre una parte considerable de la República Argentina, en donde podemos seguir sus rastros sin más esfuerzo que el de consultar los documentos recogidos, desde la orilla del Paraná hasta los Andes de Salta, y de la sierra de Córdoba hasta la frontera Norte del Chaco de Santiago. Esto no nos permite pensar, de ningún modo, que el vuelo de esta deidad alada no se haya extendido mucho más lejos, tanto al Norte como al Sud, por lo que resulta de las correlaciones que nos dan a conocer los estudios comparativos de las piezas arqueológicas de la Argentina con las de los demás países americanos. Estos datos serán expuestos detalladamente en el segundo tomo de la obra en preparación

en el Museo de Santiago del Estero. Notemos, de paso, que también en Santa Fe, como en Santiago, no se encontró nunca un objeto de madera labrada junto con las tan numerosas alfarerías que fueron reunidas por la señora de Crouzeilles y el pintor don José García Bañón, las cuales pasan de 1.500 piezas. El tiempo ha destruido todo lo que era madera; ni las más duras han resistido.

No estará de más repetir, que de los hechos concretos que acabamos de exponer, resulta que los pueblos que dejaron en el subsuelo de Santiago un sinnúmero de documentos comprobatorios de su dedicación al culto de la divinidad alada — antropo-ornito-ofídica —, cuyas representaciones vertiendo lágrimas encontramos de Salta al Paraná, y de la región cordobesa (colección Jorge Magnin) hasta el Norte del Chaco, tenían todos un mismo y único culto, y por lo tanto, una misma religión, y pertenecían a agrupaciones de seres humanos, divididos por el espacio, y muy posiblemente por el tiempo, pero de un origen común. Es, por lo menos, la conclusión que, lógicamente, se presenta al espíritu.

¿En qué época llegaron aquellos pueblos a nuestra tierra argentina? Es cosa que nos parece imposible precisarlo, ya que falta base para todo cálculo cronológico, salvo la constatación de algunos hechos sugestivos, que nos presentan las correlaciones íntimas del material arqueológico de la Argentina y otras partes de América, con el de los viejos continentes. Nos ofrece un típico ejemplo la exacta similitud ya mencionada de numerosos "torteros" grabados, de Santiago, con los de la histórica ciudad de Troya. No menos notable es la identidad de urnas funerarias de esta provincia, que tienen curiosos apéndices verticales elevándose del cuerpo de la urna, cerca de la base del cuello, con otras de Troya, en el valle de Hissarlik, como así las estatuillas de mujer-pájaro, portadoras de un extraño tocado sobre la cabeza antropo-ornito-morfa, encontradas en Santiago e igualmente en el valle del Eufrates, bajo el limo diluviano, en la ciudad de Ur, en Caldea. También nos habla de modo sugestivo la efigie de la divinidad antropo-ornito-morfa grabada y modelada sobre cerámica de las islas Pithiusas (Baleares), idénticas a la que encontramos en Santiago, y las efigies de la mujer-pájaro (mujer sin boca), que lleva sobre las mejillas listas paralelas, en esta provincia y allende los mares, donde la podemos ver sobre las paredes rocosas de Saint-Sernin (Paleolítico de

Francia), y en la península ibérica. Muchas correlaciones más existen entre la cerámica santiaguense y la de Eurasia. No mencionaremos aquí, por falta de espacio, todo ese conjunto de hechos concretos que llevan muy atrás en el tiempo, el origen de la civilización de los pueblos antiguos de las llanuras de Santiago.

¿En qué fecha han desaparecido del escenario del mundo estas hábiles alfareras que adornaban con piedras preciosas, turquesas y lapislázuli, los géneros muy finos que tejían, y cuyas naciones comunicábanse con los dos océanos, como podemos ver por los numerosos moluscos marinos perforados para ser llevados como adornos, insignias o amuletos, que encontramos en el curso de las excavaciones? A esta pregunta no podemos contestar, careciendo de base firme para hacerlo. Nos hemos de contentar con anotar aquí que en el espacio de 44 años que estamos explorando el subsuelo de Santiago, no hemos encontrado un solo objeto de madera trabajada en los túmulos tan numerosos que la pala de nuestros jornaleros han excavado cuidadosamente. Tampoco hemos dado nunca con restos de horcones o postes de los que debían ser enterrados para sostener los techos de las habitaciones. El tiempo no respetó nada que no fuese cerámica, hueso o piedra.

Además, los cronistas de la época de la conquista no nos hablan en términos muy elogiosos de los aborígenes encontrados en Santiago en el momento de la llegada de las huestes españolas. La mayoría vivían desnudos, apenas tapados con plumas de avestruces, y las mujeres con un sencillo taparrabo, hecho con paja y pelo de guanaco.

El mayor lujo, que nos relata Diego Fernández, consiste en una manita que llevaba "chaquiras" de hueso de buitre. ¿Qué lejos estamos de las pequeñísimas cuentas de nácar, turquesa y lapislázuli, verdaderas alhajas, provenientes de los túmulos de Santiago, donde, como ya se ha dicho, no hemos dado nunca con las "chaquiras" de hueso que menciona el citado cronista.

Difícil es admitir, aunque fuese un solo momento, que aquellos pueblos que decoraban con tanta elegancia como cuidado sus instrumentos de música de formas variadas — tanto los de hueso como los de arcilla —, que grababan finamente sus útiles de hilar y de tejer (colección del Museo Arqueológico de Santiago), como también las puntas de flechas, las pipas

ý otros instrumentos de hueso, de uso desconocido, pero que llaman la atención por la fineza y el cuidado del trabajo, fuesen aquellos que los historiadores de la conquista nos han pintado con tan sombríos colores, calificándolos de bárbaros, antropófagos, empedernidos borrachos, que andaban apenas vestidos con plumas, cuando no desnudos.

Estos puntos, con muchos otros más, constituyen un abismo infranqueable entre las mujeres de taparrabo y aquellas que, en un gesto de la más noble ternura humana, pusieron su precioso collar de turquesas en la urna funeraria de la criatura cuya pérdida lloraban amargamente, y también aquellas que hacían grabar finamente las pequeñas agujas que utilizaban para apartar los hilos en sus trabajos de hábiles tejedoras, refinamiento que no usamos en los tiempos actuales (colección del Museo Arqueológico de Santiago. Llagta Mauca y Las Represas de los Indios).

Las puntas de flechas, de las que nos cuenta Diego Fernández, en su historia del Perú, los terribles efectos, debido al veneno que llevaban, eran “a la moda de agujas”, y nos da a conocer, hablando de sus compañeros, que “algunos mueren por no poder hallar (en las heridas) las púas, que son a manera de agujas”. “Los arcos eran pequeños y las flechas en proporción”, nos dice Lizárraga. Las puntas de flechas que encontramos en las excavaciones de túmulos en Santiago tienen, por lo común, de 150 a 220 milímetros de largo en su mayoría. Exigían, pues, para conservar el equilibrio, astiles largos, y para la propulsión, arcos en proporción. La colección de puntas de flechas del Museo de Santiago pasa de 400. Esta sola diferencia esencial, en el arma más en uso, prueba claramente que los pueblos que las exhibían no fueron los que entraron en contacto con los españoles, porque habían desaparecido ya. De lo contrario, los cronistas nos hubiesen hablado de las sepulturas en urnas lujosamente decoradas, y de todo lo que debía preceder y seguir a la colocación en la tierra de estas hermosas piezas de cerámica.

Estas urnas funerarias, que alcanzan a veces a ochenta centímetros de alto, sobre una anchura correspondiente, y que por la regularidad de las formas y lo perfecto del trabajo son “*capo-lavoros*” de ceramistas que trabajaban a mano, sin la ayuda del torno; desconocido entonces, no podían pasar inadvertidos a los ojos ávidos de los conquistadores. La cerámica de Santiago se puede equiparar con las más finas y bellas que fueron

hechas en América, según se puede ver en las colecciones del Museo de Santiago.

Pero la época en la cual han desaparecido los constructores de túmulos de la provincia de Santiago no tiene, a nuestro parecer, nada que ver con el momento en que han llegado a este continente. A medida que las investigaciones arqueológicas se extienden y se intensifican, se hace más evidente este *substratum* único, del cual nos habla el clarividente Director del Museo Nacional de Lima, sorprendido por los resultados que le dan los estudios comparativos que hace entre las diversas culturas del Perú. Ha llegado a esta conclusión, que es bueno tomar en cuenta por su gran valor para el estudio de la arqueología americana en particular. Hablando de la cerámica, dice: “Todo lo representado tenía un sentido simbólico; era un lenguaje, no un simple y superficial adorno”. Esta verdad, que hemos enunciado ya hace diez años en el curso de nuestras publicaciones, viene haciéndose irresistiblemente evidente a los investigadores laboriosos y perseverantes, de los cuales forma parte el Dr. Luis E. Valcárcel. Esta aseveración valoriza, además, los estudios comparativos a los cuales nos hemos dedicado especialmente en el Museo de Santiago del Estero, y que son los únicos que conducen a conocimientos positivos. En resumen, los resultados adquiridos con las constantes investigaciones y estudios comparativos realizados por el Museo Arqueológico Provincial, nos llevan a pensar:

1º) Que en todas partes donde encontramos las representaciones de la trinidad formada por el hombre, el pájaro y la serpiente, que vierta o no lágrimas, se trata de la divinidad de las viejas razas de América, y que todos los pueblos que se dedicaban a su culto pertenecían a una misma civilización y tenían, según toda probabilidad, un origen común.

2º) Que aquella divinidad es muy vieja sobre la tierra, y que la encontramos en Asia, en Europa, en África y en las dos Américas, y, por tanto, los pueblos que se consagraban a su culto tenían una civilización de origen muy antiguo. No podemos pasar por alto el hecho que esta trinidad nos aparece frecuentemente marcada en el decorado, pintado o esculpido en las piezas arqueológicas de Tiáhuano. Por ejemplo, en el monolito descrito por el Dr. E. Casanova, vemos en una cara una representación humana masculina, con un sol a los pies; del otro lado, una

representación femenina, con nariguera y pies con tres dedos. — por lo tanto, antropo-ornitomorfa —. Sobre el costado del monolito aparece una gran serpiente. En consecuencia, el monolito es antropo-ornito-ofídico masculino y femenino, y lleva, además, una representación solar y la nariguera. Este mismo simbolismo encontramos en Santiago. Un vaso-pato de las colecciones del Museo nos la hace ver detalladamente, con la diferencia que lleva dos soles grabados en lugar de uno, y que la cara, que es masculina, tiene la nariz perforada en el lugar del *septum* nasal, en vez de tener una nariguera puesta; vierte lágrimas, las que parecen faltar al monolito de Tiahuanaco; lleva también tres pechos de mujer, muy bien conformados, y colocados sobre la parte dorsal. En este vaso-pato, que proviene de “Simbolar”, cercanías de Santiago, está representando la divinidad antropo-ornito-ofídica con todos sus atributos, como en el monolito descrito por el Dr. E. Casanova, y que pertenece a la viejísima civilización que nos ha dejado la Puerta del Sol, en donde no faltan tampoco las representaciones antropo-ornito-morfos, y abunda la serpiente. Ampliando el círculo de nuestras comparaciones, pasaremos un momento de la milenaria Tiahuanaco a la misteriosa Amazonia.

Allí podemos ver con sumo interés los motivos simbólicos de las alfarerías de Santiago y del Nordeste argentino, como ser la *oudja*, prolongando la comisura de los párpados; la serpiente de dos cabezas, la greca, el escalonado, la espiral, etc., pintados o representados en medio relieve sobre hermosas urnas del “Marajo”.

Encontramos, igualmente, en la misma región, urnas de elegantes formas, con el fondo perforado por varios agujeritos de 2 a 3 milímetros de diámetro, como algunos de la mesopotamia santiagueña (colección del Museo de Santiago).

Si pasamos más al Norte, sobre las rocas del alto Tocantín, encontramos grabadas efigies de la divinidad plañidera. Lo mismo que en Santiago; ellas vierten gruesas lágrimas y ostentan la nariguera (*Jean Vellard*).

3°) Que queda comprobado que los pueblos de la prehistoria de Santiago del Estero y los de las provincias circunvecinas, profesaban un mismo culto: el de aquella divinidad antropo-ornito-ofídica llamada “plañidera”, ya que la encontramos representada *ad nauseum* sobre las piezas de alfarería de estas regiones.

4°) Que pensamos, en lo que se refiere a la provincia de Santiago, que los pueblos de la prehistoria debieron haber desaparecido del escenario del mundo sin haber entrado en contacto con los invasores españoles, ya que no encontramos rastros de este contacto en las excavaciones de los túmulos de la provincia.

5°) Que de ningún modo estimamos que son los pueblos de los valles andinos los que han bajado a las llanuras llevando el culto de la divinidad antropo-ornito-ofídica de los Andes al Paraná. El arte de las llanuras de Santiago es sencillo, y se lo puede llamar clásico; el de los valles andinos es confuso y recargado. El de Santiago es simétrico, y aquél asimétrico. El primero es el gótico ojival; el segundo es el gótico *flamboyant*.

Las civilizaciones no van de las sierras a las llanuras, según nos enseña la historia. Pensamos, más bien, que los pueblos de las llanuras habrían emigrado hacia las sierras por los efectos de alguna gran sequía, como la que señala J. Bird, el explorador de las tierras del Sud; de ahí provendría el hecho de que alfarerías con asas horizontales chatas se encuentren a veces en los valles del Nordeste argentino.

6°) Y, en fin, que la unidad del culto y del simbolismo existente en el decorado, que se extiende a la cerámica, a los pictogramas, sobre roca, a la piedra trabajada, al hueso grabado y al metal vaciado, en la extensa región que hemos marcado, hacen imposible pensar en diversas civilizaciones, y las modalidades diferentes que notamos en ciertos lugares no son otra cosa que derivaciones, a través del tiempo y del espacio, de una misma civilización: las ramas de un solo árbol.

Estas son las conclusiones que resultan de los hechos concretos que acabamos de exponer, y que corresponden a los documentos que hemos reunido y estudiado cuidadosamente hasta la fecha.

Ulteriores investigaciones pueden, como es natural, traer a nuestro conocimiento datos nuevos que merecerían, en tal caso, ser tenidos en cuenta, según su valor.

Santiago del Estero, 25 de junio de 1939.